

¿Y qué descubrió
Platón en sus
reflexiones?

Que Parménides tenía
razón...

—¿A quiénes, pues, llamas verdaderos filósofos? —preguntó.

—A los que les gusta contemplar la verdad.

—Tienes razón, sin duda, pero ¿qué entiendes por ello?

—No sería nada fácil de explicar a cualquier otro, pero ¿no estarás tú de acuerdo conmigo en lo siguiente?

—¿En qué?

—En que por ser lo hermoso lo contrario de lo feo, son dos cosas distintas.

—Desde luego.

—Y puesto que son dos cosas distintas, cada una de ellas es una cosa, ¿verdad?

—También te lo concedo.

—Otro tanto puede decirse de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y lo malo, y de todas las demás ideas; cada una de ellas, tomada en sí misma, es una, pero como se nos dan siempre relacionadas con las acciones, con los cuerpos y consigo mismas, cada una de ellas reviste múltiples aspectos.

—Tienes razón —dijo.

—En este sentido —prosegui— distingo, por una parte, aquellos que tú acabas de mencionar, los aficionados a los espectáculos y a las artes y los hombres de acción y, por otra, aquellos de que hablamos, y que son los únicos que merecen el nombre de filósofos.

—¿Cómo estableces la distinción? —preguntó.

—A mi juicio —contesté—, los aficionados a oír y los amantes de los espectáculos gustan de las bellas voces, de los bellos colores, de las formas y de todas las obras que reú-

nen tales elementos; pero su inteligencia es incapaz de percibir y amar la naturaleza de lo bello en sí.

—Es verdad —dijo.

—¿Y no son acaso muy pocos los capaces de elevarse hasta lo bello en sí y percibirlo en su esencia?

—Sin duda.

—El que reconoce, pues, las cosas bellas, pero no la belleza en sí, y no es capaz de seguir a quien lo guíe hasta su conocimiento, ¿te parece a ti que vive en sueños o despierto? Pues fíjate: ¿qué otra cosa es el soñar sino que uno, ya dormido, ya despierto, no crea que lo semejante es una semejanza sino aquello mismo a lo que se asemeja?

—Yo, al menos —respondió— diría que el soñar no es otra cosa.

—Por el contrario, aquel que cree que lo bello existe en sí mismo, y es capaz de percibir lo bello, ya sea en lo que es bello de suyo, ya sea en las cosas que participan de su esencia, sin confundirlas con lo bello con ellas, ¿te parece que vive despierto o en sueños?

—Muy despierto —contestó.

—¿No diríamos, y con razón, que el pensamiento de este hombre que conoce merece, pues, el nombre de conocimiento, mientras que el del otro es una opinión, pues juzga por opiniones?

—Sin duda. (475e - 476e)

...aunque...

—¿De modo que damos por cierto, sea cual fuere el punto de vista en que nos coloquemos, que lo que en verdad existe puede ser en verdad conocido, y lo que en verdad no existe no puede ser en verdad conocido?

—Estamos perfectamente de acuerdo. (477a)

ban en el poder llevaron a los tribunales a mi amigo Sócrates, a quien acabo de referirme, bajo la acusación más inicua y que menos le cuadraba: en efecto, unos lo acusaron de impiedad y otros conderaron y ejecutaron al hombre que un día no consintió en ser cómplice del ilícito arresto de un partidario de los entonces proscritos, en ocasión en que ellos padecían las adversidades del destierro. Al observar yo cosas como éstas y a los hombres que ejercían los poderes públicos, así como las leyes y las costumbres, cuanto con mayor atención lo examinaba, al mismo tiempo que mi edad iba adquiriendo madurez, tanto más difícil consideraba administrar los asuntos públicos con rectitud; no me parecía, en efecto, que fuera posible hacerlo sin contar con amigos y colaboradores dignos de confianza; encontrar quiénes lo fueran no era fácil, pues ya la ciudad no se regía por las costumbres y prácticas de nuestros antepasados, y adquirir otros nuevos con alguna facilidad era imposible; por otra parte, tanto la letra como el espíritu de las leyes se iba corrompiendo y el número de ellas crecía con extraordinaria rapidez. De esta suerte yo, que al principio estaba lleno de entusiasmo por dedicarme a la política, al volver mi atención a la vida pública y verla arrastrada en todas direcciones por toda clase de corrientes, terminé por verme atacado de vértigo, y si bien no prescindí de reflexionar sobre la manera de poder introducir una mejora en ella, y en consecuencia en la totalidad del sistema político, sí dejé, sin embargo, de esperar sucesivas oportunidades de intervenir activamente. (324c - 326a)

Platón, *Las cartas*.